

LA TERNURA DE UNA DESPEDIDA

En la muerte de mi hermana Pilar

Hace, justo, una semana, dimos la despedida cristiana a mi hermana Pilar, fallecida a las primeras horas del día anterior, tras penosa enfermedad. Era la última persona de mi propia sangre que me quedaba en este mundo. El hecho de haber vivido con ella y, prácticamente para ella, los últimos diez años de mi vida, ha marcado su marcha con un hondo pesar que me sumerge con frecuencia en mares de lágrimas. No lloro porque piense haberla perdido, puesto que la fe cristiana me cerciora que ahora la tengo más cerca de mí, al estar ella en Dios que es presencia, cercanía, comunión de vida plena. Pero esta fe, que es certidumbre, no puede evitar que mis ojos rompan a llorar cual si mi corazón fuese una fuente de ternura que necesita brotar para regar con sus aguas surcos de la carne herida, y limpiar con su pureza memorias que conservan contaminación de los inevitables roces de la existencia. No quisiera llorar tanto, pero comprendo que eso sólo sería posible si mi sensibilidad no estuviera conmovida, agitada, como un mar que manifiesta por fuera una pequeña parte de la tormenta que lo azota en su interior.

Hermana querida -le digo muchas veces-, ¡qué solo me has dejado! Pues aunque me vea rodeado de tantas buenas amistades portadoras de tanto cariño y consuelo, ningún cariño puede suplir el tuyo y ningún consuelo resulta suficiente para el desgarrar de mi alma. Ahora tengo que aprender a estar solo de otra manera distinta a cuantas soledades ya he saboreado anteriormente, a lo largo de mi vida, ora por pérdidas irreparables, ora por necesidad de abrir espacios espirituales donde aprender a seguir viviendo en medio de dificultades y conflictos. Esta soledad de ahora, la de tu partida, es la que me hace constatar que el sendero que me conduce a la muerte, en esta etapa ya final de mi existencia terrenal, lo he de recorrer solo, solo, sin el apoyo de otras vidas familiares, hermanas de sangre, forjadas en esas experiencias comunes que sólo se dan en el seno de una familia. La familia López Baeza ya soy yo solo. ¡Y qué soledad más desgarradora, hermana, la mía, tras tu partida! Nunca pude imaginar me afectara tanto el no compartir contigo la realidad de cada día.

Pero tengo que reconocer que es mucho lo que me has dejado, lo que he recibido a tu lado, sobre todo en esta última temporada de tu feroz enfermedad. He recibido, en primer lugar, una profundización en la oración, en el encuentro con Dios, nuestro Padre, encuentro más luminoso y reconfortante de cuanto antes había podido gustar. En mi impotencia para ayudarte, casi en la desesperación de ser inútil para aliviar tus dolores, sólo la oración, frecuentemente a los pies del Sagrario, me ha aportado la calma imprescindible para continuar en la brecha de la lucha contra el dolor.

Imposible en el desahogo testimonial que significa el presente escrito, poner de manifiesto la fuerza con que la Palabra de Dios acudía a mi mente y a mi corazón en los momentos álgidos de dolor y preocupación, hasta sembrar en mi alma la certidumbre de que todo lo que estábamos viviendo, mi hermana en su enfermedad, las personas tan volcadas en su ayuda, y yo, sostenido por el anhelo de poder ser útil en algo, estaba repleto del Amor de Dios, y por tanto, de bienes de vida eterna anticipados como aureola de paz en torno a tu lecho de despedida. Un día, cuando los sollozos parecían emanar como sangre a borbotones de un dolor muy agudo en mi costado izquierdo, cual si mi corazón se rompiera en añicos, el dicho paulino *en Él vivimos, nos movemos y existimos* (Hch 17,28), se erguía ante mi conciencia, manifestándome que todo nuestro sufrimiento actual estaba recogido en el Ser de Dios, más grande, infinitamente superior a nuestras contingencias temporales; y que en Él todo lo que estábamos sufriendo era vida, felicidad, amor. Y lo era para siempre y desde siempre.

Gracias a momentos tales, podía volver a la brecha del dolor con sentido. Y cuando tornaba a arreciar la pena, y la impotencia era rabia incontenible por mi sangre, y se adueñaba de mí el sentimiento de que no me era lícito resignarme ante los estragos de la enfermedad, en no pocos de tales momentos, volvía la Palabra de Dios, frases tan cargadas de sentido como aquella de que *nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios* (cf Col 3.1-4), o aquella otra de *¿quién o qué nos podrá separar del Amor de Dios manifestado en Cristo Jesús?* (cf Rm 8,31-39), se manifestaban suficientes para entrar en la gran paz de saber, con sabiduría incuestionable, que todo mal tiene principio y fin, y que más allá (en el corazón mismo) de los males que nos aquejan, está Dios con nosotros, ayudándonos a sacar bien de todo mal. ¡Cuánto, pues, no tengo que agradecer a mi hermana Pilar, cuyo dolor compartido y pretendido remediar, fue sucesivamente trampolín de encuentros con la Palabra que nos salva, la Palabra que es Vida eterna en comunión con (al servicio de) nuestras vidas precarias, limitadas, sufrientes!

En el lecho de muerte, ya en los tres últimos días de su estancia temporal, fueron horas las que mi mano izquierda, soportando su mano izquierda, la apretaba dulcemente como queriéndole transmitir todo el afecto de mi corazón fraterno, todo el calor de mi vida creyente en ese Dios que sufría en ella. Y mi mano apretando delicadamente la suya, me daba la sensación inenarrable e inconfundible de que su corazón y el mío eran vasos comunicantes. Y lo más sorprendente de tal comunicación era que del corazón de mi hermana Pilar, tan debilitado ya por la propia enfermedad, por la sedación médica aplicada y los episodios transitorios de coma, fluía hasta mi corazón el río del consuelo divino, como si mi hermana me dijese cual mensaje final y resumen de su existencia: ¡Todo es Gracia! Vale la pena haber vivido, amado y sufrido en este mundo, aunque tantas veces nos haya parecido inhóspito e incluso cruel. Nada se pierde de cuanto hemos vivido en el amor a la vida y en la lucha por la defensa de bienes y valores humanos, potenciando, sobre todo, la comunicación profunda y la convivencia fraterna. Sí, hermana -le respondía yo-, nada se pierde de cuanto se ha vivido y compartido en la gratuidad del amor.

También me pude escuchar, en aquella comunicación de corazón a corazón, que mi hermana me decía: el daño que, a veces, sin querer, nos hacemos unos a otros en el trato del día a día, es daño purificador del mismo amor que nos tenemos unos a otros. No sufriríamos si no amáramos. Y cuanto más y mejor queremos amarnos unos a otros en esta vida, más necesario resulta que aprendamos a amar al otro en cuanto distinto a uno mismo, en su individualidad rica y compleja que, inevitablemente, entra en conflicto con aspectos de mi personalidad igualmente con *aristas que* perjudicarán al otro. Si renunciáramos a amarnos porque amar no es cosa fácil, porque el amor pide sacrificios, no llegaríamos nunca a desarrollar lo mejor que hay en cada uno al servicio de los demás.

Fluía, sí, la ternura de corazón a corazón, en aquel mantener unidas nuestras manos como expresión física de otra unión más profunda e irrompible. Lágrimas, unas veces contenidas, otras en atropellados borbotones, y una plegaria fija en mi espíritu pidiendo al Dueño de la vida el final de todo sufrimiento para Pilar, se hacían memoria viva, como afirmando que nada se pierde de cuanto habíamos vivido juntos desde la infancia -tres años yo por encima de ella-. Una familia de tres hijos. Ella, Pilar, la menor y la discapacitada de nacimiento, objeto de todas las atenciones más solícitas que pensarse puedan.

La ternura de nuestra infancia en hogar humilde y cristiano, con padres y otros parientes volcados sobre los pequeños, la palpaba allí, entre Pilar y yo, latente y cálida, haciendo de la despedida una promesa de recuperación en el más allá de todos los valores que configuraron nuestra infancia y adolescencia con abundantes motivos de felicidad compartida. ¿Recuerdas, Pilar, aquellas fiestas familiares, las onomásticas de nuestros padres, con comida especial e invitados a la mesa; el cumpleaños de su casamiento, con bandeja de dulces muy especiales, a gusto de la mamá; y sobre todo, aquellas Navidades en las que la alegría era, más que un sentimiento común, una presencia palpable que llenaba todos los rincones de la modesta vivienda? ¿Recuerdas? Ahora, hermana, cuando aprieto tiernamente tu mano, y tu corazón y el mío se funden en un mismo latido, sé con certeza invencible que aquellas puras alegrías de nuestros años en familia, no se han perdido, no son cosas del pasado, sino la savia del reencuentro que viviremos -tú ya con los padres y con Lola- en la bienaventuranza del Seno del Padre.

Y otros motivos más de sensible afectividad en la despedida. Como si ésta no se pudiera dar sin el hilo conductor de la ternura. Ternura, sí, de haber llegado a amar a Pilar, no solamente por ser mi hermana, a impulsos de los lazos de sangre, sino por su personalidad fuerte, a veces dura, de difícil convivencia, como desafiando siempre a que la aceptásemos tal como ella era. Y así la he llegado a querer, y a querer mucho, sin pretender que ella cambiara en nada su modo de ser ella misma, de afirmarse en la vida; aunque al quererla así, al amarla en su realidad más total, no faltaran los motivos de conflicto que a ambos hacían sufrir. Pero así es la ternura que crece al aceptar al otro amando todo lo suyo, porque es la única manera real de vivir el amor entre humanos. Ahora, en la despedida, su mano en mi mano, los débiles latidos de su corazón sentidos en mi corazón como espacio de

fecundo abrazo, me cercioran de que la ternura es el bálsamo único que puede llenar de vida el vacío dejado por una muerte llorada.

Y queda aún otro motivo de ternura, que engloba y enriquece todos los demás: la esperanza de que, rotas las barreras de espacio y tiempo, de temperamentos, gustos y síntesis personales que de alguna manera alejan a unos de otros, nos volveremos a encontrar, vida plena, resucitada, viéndonos, conociéndonos y amándonos en Dios y como Dios mismo nos ama en su eternidad ya nuestra eternidad. La esperanza como ternura. La ternura que no se puede conformar si en un más allá de todas nuestras debilidades, contingencias y contradicciones, no hubiera un futuro en el que cada uno es, en Dios, gloria y felicidad para los demás.

Hermana Pilar: gracias por tantas lecciones que me has aportado con tu vida entera, rememorada ahora en tu despedida. Me has dejado solo, pero no aislado, ya que los amigos, tuyos y míos, que han rodeado el final de tu vida y tu lecho de muerte, me han puesto de manifiesto esa otra fraternidad que no se basa en lazos de sangre y tiene poder para detenernos al borde del abismo, de la amargura, de la noche de todo sentido, haciéndonos ver que la vida sigue, y que, mientras estamos en la vida podemos amar y ser amados y encontrar motivos de felicidad compartida. Me has hecho ver, hermana, que mi dolor, aún siendo tan grande, no es único ni el más grande de este mundo. Y que sería un tremendo egoísta si me replegara en el dolor de tu separación, negándome a compartir otros dolores (y otras alegrías) y, por tanto, renunciando a seguir en la brecha de un mundo más fraterno, justo y solidario. Mi dolor que es ternura de vida y muerte compartidas, es fuerza motriz, germinadora, como de semilla enterrada en la Conciencia Universal de que Todos Somos Uno.

QUÉ solo, hermana mía,
qué solo me has dejado.
Tu nombre es en mis labios
el vacío hoy mayor.
Tu figura, en mis ojos,
el mayor desamparo.
Y, aunque aún sienta en mis manos
el calor de tu carne;
aunque al mirar las cosas
que fueran tuyas, sienta
que es amargo el destino...,
no me dejes, hermana,
olvidar que, algo tuyo,
es ya mío para siempre;
y que, algo mío, herido
de incesante ternura,
es más tuyo aún que mío,
en irrompible abrazo.

En Archena (Murcia) 24 - 2 - 2016